

# N A V I D A D

Por ANA MARIA DE ROBLES

**E**RA un pueblo cualquiera. Uno de esos pueblos que parecen plantados para decorar el paisaje entre ciudad y ciudad. Un pueblo que tenía una calle larga y ancha, tan ancha como la carretera, a la que asomaban sus casas principales, orgullosa de sus pisos, al estilo de la capital.

Había una plaza en el centro. En la plaza, el Ayuntamiento, con sus arcos sosteniendo los soportales tan buenos para jugar en los días de lluvia y un balcón corrido en cuyo centro se yergue mirando hacia como un símbolo el asta de la bandera. Enfrente, la iglesia, antigua, solemne, orgullo de los vecinos. Cuando algún turista, al pasar por la carretera, se siente interesado por su traza y el sacristán con mucho ruido de llaves acude como enterado cicerone, los chiquillos entran en tropel y se quedan extasiados ante sus palabras, que hablan de aquellos tiempos en que los hombres eran valerosos, luchaban por la fe, vestidos con petos y corazas y luego, en los descansos de su pelear, edificaban aquellas iglesias que durante siglos y siglos habrían de asombrar al mundo.

Tiene una torre alta, esbelta, elegante; el mimo de sus constructores fue tanto, que la revistieron de azulejos para que brillara al sol como una piedra preciosa o tuviera, a la sombra, color de brasa de hogar. La torre tiene un reloj casi tan viejo como ella, un reloj vulgar con su esfera blanca y unos números negros, firmes como centinelas alertas.

No se sabe por qué una de las saetas es derecha, delgada, luminosa. Dicen en el pueblo que ella marca las horas buenas y felices. La otra, gruesa, oscura, con una joroba en su punta, señala las horas de luto, tristes, desgraciadas.

Era la tarde del 24 de diciembre y el pueblo se disponía a festejar la Nochebuena. La mujeres trajinaban llenas de paquetes con harina y azúcar, anís y mantecados, y de las cocinas salía un olorcillo agradable y apetitoso.

Agustín desembocó en la plaza. Llevaba bajo el brazo, apretado contra sí, un pequeño envoltorio. Miró con inquietud a un lado y a

otro y cruzó rápido. Agustín es un niño como cualquiera de vosotros. Moreno, renegrido por el aire y el sol, con unos ojos pardos de mirada inteligente—¿triste alguna vez?—y sus ocho años espigados y finos.

De la taberna de la esquina salían voces fuertes, cantos, discusiones, y un vaho denso, mezcla de humo y de vino. Agustín, al pasar, bajó la cabeza, casi incrustó el envoltorio en su costado y apretó el paso aún más. Torció a la derecha y volvió a torcer hasta llegar a una de las callejas. Se paró. Estaba sin aliento. Respiró y más tranquilo se dirigió a su casa. La casa de Agustín es una de esas casas pegadas como una lapa a las espaldas de las casas principales, limitando con las tapias del corral o de las huertas, de las que sale con frecuencia olor a estiércol y a cieno. Levantó con precaución la cortina de arpillera, teñida de verde, y entró en el portal. Se tranquilizó. Todo estaba en orden, reluciendo de limpio, y la mesa dispuesta con un pan grande partido a la mitad. Una mujer—su madre—sentada en una silla aprovechaba para coser la última luz de la tarde. Una sonrisa ancha le iluminó el rostro. Agustín le puso el envoltorio sobre el regazo. La mujer lo miró llena de curiosidad. Lo deslió. Era una pandereta, que, al quedar libre de sus ligaduras, llenó la habitación con un repiqueteo alegre y comunicativo.

Ella acarició el cuero amarillo, las sonajas doradas, mientras su mirada se perdía en lejanías. En su juventud había sido la mejor tañedora del pueblo y una misa del gallo sin su presencia no se concebía. El hijo había heredado esa cualidad, como igualmente su sensibilidad para la música, su dulzura y su mansedumbre, mansedumbre que se revelaba ante cualquier asomo de injusticia.

En la calle sonaron unos pasos titubeantes. Madre e hijo se miraron y sonrieron, apoyándose en la sonrisa como en un baluarte que los defendería en la batalla que se avecinaba. El niño corrió a esconder su tesoro y la madre acercó el quinqué para alumbrar los pasos vacilantes de su marido.

El padre de Agustín era un padre más como el de cualquiera de vosotros. Trabajaba mucho y a veces bebía mucho también. Cuando esto ocurría, la paz de la familia se alteraba, y Agustín observaba cómo su madre limpiaba con el dorso de la mano las mejillas húmedas para que el hijo no viera sus lágrimas.

La cena transcurrió en silencio. No hubo ningún indicio de que aquella noche se celebrara el acontecimiento mayor que vieron los siglos. Una vez terminada, el padre, hosco y callado, fue a cerrar la puerta. Agustín tembló, pero se atrevió a decir:

—Padre, no cierre. Tengo que salir...

La voz tronó potente:

—De aquí no se sale. ¿A dónde vas? ¿A tocar y a cantar con esos golfos? Siempre música y música... Si das un paso más...

El gesto era amenazador. Agustín retrocedió hasta caer en el único sillón de la casa, medio desvencijado. Estaba acostumbrado a estas explosiones de su padre y las acogía con indiferencia. La esperanza de ser un gran músico yacía enterrada desde que su padre la tronchara de un manotazo.

Pero aquella noche necesitaba salir. Su coro, aquel coro que él había formado con chiquillos como él, rebeldes, inquietos, que desafinaban como maullidos de gato, le esperaba. Era el fracaso de tantos ensayos, de aquellos pequeños sacrificios con que habían comprado sus rudos instrumentos: zambombas, panderetas, cántaros. El viejo reloj dio las diez, las once...

Agustín escuchó los ronquidos acompasados de su padre y se levantó despacio. Se descalzó, y suavemente tiró del cerrojo. La puerta se abrió silenciosa, cosa rara en ella, que parecía quejarse a cualquier movimiento. ¿Habría echado su madre aceite en los goznes?

Salió a la calle. El frío de las piedras hirió sus pies desnudos y como un relámpago lo recorrió hasta la cabeza.

Algo extraordinario flotaba sobre todas las cosas. Un airecillo sutil había barrido los malos olores y penetraba por la garganta cosquilleando como una bebida espumosa. La luna iluminaba la mitad de la calle dejando a la otra en una suave penumbra. El reloj volvió a enviar sus campanadas. ¿Cuántas?... Agustín, en su prisa, no las contó, pero ahora que estaba libre le parecieron alegres como un repique de gloria. Tampoco extrañó no encontrar a nadie por su camino, preocupado quizá en pegarse a las paredes como un pequeño lagarto para no ser advertido.

Al fin, llegó a la plaza. Vio orgulloso y complacido a su coro que empezaba a desesperar y que ante su presencia prorrumpieron en gritos ensayando los diversos instrumentos. Aquella algarabía duró sólo un momento. Agustín se situó en medio.

La voz cálida, bien timbrada, del chiquillo se elevó plena y el aire puro de la noche la transportó como un mensaje de paz a lejanas regiones donde aún no reina la buena voluntad entre los hombres. A la vez tocaba la pandereta, que en sus manos se volvía maleable. Hizo filigranas. El cuero, obediente a los dedos, bordaba las melodías:

«Vamos pastores, vamos...

Vámonos a Belén...»

Las sonajas parecían campanitas de bronce, de plata, de cristal, según el niño accionaba los brazos.

Poco a poco fueron abriéndose las ventanas y caras soñolientas se asomaron a ellas. Cuando la voz de Agustín se alzó de nuevo, sus compañeros callaron; el silencio se hizo denso e inmovilizó todas las cosas. La saeta nueva brilló herida por un relámpago de luz.

El niño vio cómo la plaza se convertía en un gran escenario. Sintió cómo sus piernas crecían, empujándolo hacia arriba. Su pantalón de pana color de miel era sustituido por unos largos y negros; la blusa, por una especie de chaqueta de la que colgaban por detrás unos faldones, y la bufanda a cuadros, raída y deshilachada, por un cuello duro y una corbata flamante.

En su mano empuñaba una batuta de plata, y su coro, aquel coro rebelde y desafinado que cantaba «Los Campanilleros», se transformaba en unos hombres serios que tocaban diversos instrumentos mirando unos libros que descansaban sobre un atril como los de la iglesia. Ante tanta maravilla no se inmutó. Alzó la batuta con desenvoltura y le respondió un acorde inmenso que llenó la plaza, el pueblo, los campos en paz...

Pero en aquel momento, la saeta vieja cubrió la nueva tapándola con su sombra y sonó una campanada aguda como toque de clarín. Se hizo un extraño silencio.

Agustín se removió sobresaltado. Se restregó los ojos. El sillón protestó. Miró inquieto la cama. Su padre seguía roncando acompasadamente. ¡¡Todo aquello lo había soñado!!

¿Había soñado? Agustín miró en derredor. El mismo quinqué con su luz mortecina alumbraba la mesa que asomaba tímidamente sus esquinas por entre los agujeros del hule que la cubría... Las mismas sillas con asientos de enea, oscurecidos por el uso... Los aperos del padre junto a la puerta del corral...

El corazón de Agustín dio un brinco de emoción. Todo seguía igual, pero la pandereta parecía húmeda de rocío, su cuero, aún templado del calor de sus manos; y en su alma también había nacido, como un don de aquella sublime noche, el rocío de la esperanza y el calor de la ilusión.

Sevilla.

